

*Traducción de Antonio Paneque.*

## **JESUS HEBREO (por parte de madre)**

### **EL PECADO ORIGINAL**

Una vez que ha reducido a sus adversarios al silencio, Jesús descarga contra los escribas y los fariseos las palabras más violentas de todo el evangelio. La invectiva de Cristo se dirige a las máximas autoridades morales y religiosas del pueblo de Israel, que son calificadas, en un crescendo de escarnio, como “teatreras”, “guías ciegos”, “locos”, “serpientes”, y por último, “sepulcros blanqueados”. Jesús desenmascara los modelos y ejemplos de santidad, ortodoxia, y vida religiosa perfecta que venían propuestos al pueblo, y los señala como un peligro mortal del cual conviene estar lo más lejos posible. Si el evangelista dedica particular atención a este requerimiento de Cristo, no se debe a un deseo de polemizar con el mundo judío, del cual los cristianos se habían separado ya definitivamente, lo hace porque intuye que dentro de la comunidad cristiana están surgiendo peligrosos gérmenes de las mismas dinámicas religiosas que habían animado a escribas y fariseos: o sea, el deseo de controlar y dominar la vida de las personas, usurpando el puesto de Dios.

#### **Vanidad de vanidades**

En su discurso, Jesús invita al pueblo a desconfiar de las autoridades religiosas, que presumen de servir a Dios, cuando, en realidad, son solo esclavas de su ambición inmoderada. La ambición es, en efecto, el ídolo que domina y condiciona toda su existencia. Desde las raíces del comportamiento de escribas y fariseos, Jesús pone en evidencia una actitud constante que aparece como el pecado original del clero: la vanidad: “Todas sus obras las hacen para ser admirados por los hombres” (Mt 23,5). En las manos de los escribas y fariseos, verdaderos profesionales de lo sagrado, la religión se convierte en un teatro, y el teatro, en religión. Toda ocasión y todo lugar son buenos para hacer ostentación de sus personas sagradas: en los banquetes pretenden que les sean asignados los puestos de honor; en las sinagogas se reservan los primeros asientos; en las plazas les encanta ser obsequiados con el saludo de las personas. Denunciando sin paliativos este comportamiento, Jesús ridiculiza la atención que estos píos religiosos dedican a sus personas “ensanchando las filacterias y alargando las orlas del manto” (Mt 23,5), signos éstos que debían recordar al pueblo la observancia de los mandamientos del Señor (Ex 13,16; Dt 6,8; Nm 15,37-39). Jesús revela que toda esta ostentación de distintivos religiosos sirve, en realidad, para ocultar la miseria interior y la falta de fidelidad a Dios. Los escribas y los fariseos, de hecho, no practican los mandamientos (Mc 7,9), exhiben, en cambio, de manera exagerada estos signos externos, como si la tela, o las insignias sagradas constituyesen el criterio para discernir el grado de comunión con Dios, en lugar de la vida. El despliegue de las insignias religiosas tiene por objeto ganarse el respeto del pueblo. Nada les agrada más que recibir de parte de la gente el saludo de reverencia “rabbi” (monseñor). Jesús advierte a los suyos que no deben aspirar a ese título: “Vosotros, en cambio, no os dejéis llamar ‘rabbi’ porque uno solo es vuestro Maestro, y vosotros sois todos hermanos” (Mt 23,8). Entre los seguidores de Jesús queda excluido cualquier tipo de rango o privilegio, el mismo Cristo pide no ser llamado “rabbi”; solo Judas, el traidor, se dirigirá a él de ese modo (Mt 26,49).

Jesús no solo exige que los discípulos renuncien a la ambición hacia títulos de reverencia, prohíbe también que entre ellos se llamen “padre”: “Ni llaméis a nadie ‘padre’ vuestro en la tierra, porque uno solo es vuestro Padre, el del cielo” (Mt 23,9). El “padre”, figura de la autoridad, no tiene derecho de ciudadanía dentro de la fraternidad cristiana. La única autoridad de la comunidad es la del Padre del cielo, un Padre que no ordena sino que se pone al servicio, que no gobierna a los suyos emanando leyes que éstos deban observar, sino comunicando su mismo Espíritu, el amor que capacita para amar generosamente como él los ama. A los discípulos y a la multitud, Jesús enseña que la verdadera dignidad del hombre no consiste en ser servidos, sino en servir: “El mayor entre vosotros será vuestro servidor” (Mt 23,11). Aquél que voluntaria y libremente, por amor, sirve a los demás, no solo no pierde la propia dignidad, sino que adquiere la dignidad auténtica, la dignidad divina a imitación del “Hijo del hombre que no ha venido a ser servido, sino a servir” (Mt 20,28).

### **Constructores de tumbas**

Tras la advertencia dirigida a los discípulos y a la multitud, Jesús, con siete invectivas que van creciendo en intensidad, pasa a demoler la fama de personas justas y santas que los escribas y fariseos tenían ante el pueblo. Cada lamento está precedido de un “Ay”, expresión que forma parte del quejido fúnebre (griego: ouai; hebreo: hòi, 1 Re 13,30; Jer 22,18). No se trata de maldiciones que Cristo pronuncia, son lamentos referidos a cuantos pretenden convertirse en modelos de vida, cuando en realidad no son más que muertos putrefactos. A los dirigentes religiosos, que aspiraban a recibir el título honorífico de “guías de los ciegos” – convencidos como estaban de ser “luz de los que caminan en tinieblas” (Rom 2,19) – Jesús los tacha de ser en realidad, guías ciegos (Mt 23,16), peligrosos de seguir porque “cuando un ciego conduce a otro ciego, ambos caen en el hoyo!” (Mt 15,14). Previamente, Jesús había ya apostrofado a escribas y fariseos como “raza de víboras”, ahora les llama también “serpientes”. No solo son causa de muerte, como las víboras, ellos mismos se han convertido en vehículo de la misma, como lo fue la “serpiente antigua” (Ap 12,9; Gen 3), o sea, el diablo que introdujo la muerte en la humanidad (Sab 2,24). Sorprendente resulta encontrar en las invectivas de Jesús el gravísimo insulto “loco” (griego “moròs”), epíteto usado solo en relación a los renegados y excluidos de Israel (Dt 32,6). Esta injuria era considerada tan grave que Jesús, en el sermón de la montaña, había declarado: “quien llame a su hermano ‘imbécil’ (=loco) será destinado a la Gehenna de fuego” (Mt 5,22). Debía ser realmente desesperada la situación de los escribas y fariseos, si –a pesar de todo- Jesús no duda en definirlos “insensatos (=locos) y ciegos” (Mt 23,17). Los jefes religiosos, aparte de ser ciegos, pues no se percatan del desastre hacia el que se precipitan, son también locos, insensatos. Para ellos, no queda ningún residuo de esperanza. Son peores que los muertos, porque “la vida del necio (=loco) es peor que la muerte. El duelo por un muerto dura siete días, por el necio y el impio, todos los días de su vida” (Eclo 22,11-12). Jesús denuncia que detrás de la obsesión de escribas y fariseos de aparecer siempre puros e inmaculados, se esconden en realidad, todo tipo de maldades: “Ay de vosotros, escribas y fariseos hipócritas, que purificáis por fuera la copa y el plato, mientras por dentro están llenos de rapiña e intemperancia” (Mt 23,25). Su apariencia exterior es un engaño bajo el cual ocultan su realidad interior: “Ay de vosotros, escribas y fariseos hipócritas, pues sois semejantes a sepulcros blanqueados, que por fuera parecen bonitos, pero por dentro están llenos de huesos de muertos y de toda inmundicia!” (Mt 23,27). Para Jesús, quienes se presentan como modelo de perfección religiosa son en realidad, vehículo de impureza. Imitarlos no solo no conduce a la santidad, son

fuente de contagio y de impureza como los sepulcros, que a la sazón eran considerados el lugar impuro por excelencia (Nm 19,16).

### **Estirpe asesina**

Los escribas y los fariseos no son dignos de seguir. No son los pastores del pueblo, son lobos rapaces portadores de muerte, porque su conducta no la dictan ni la justicia ni el bien del pueblo, solo les interesa su conveniencia y provecho. Más allá de cualquier criterio de moral o de justicia, consideran lícito todo aquello que refuerza su prestigio y su poder. Por eso, los escribas y los fariseos, en su desvergüenza, son capaces de honrar a los profetas del pasado mientras siguen asesinando a los profetas del presente, piden perdón por los errores de sus padres, mientras ellos los siguen cometiendo: “Ay de vosotros, escribas y fariseos hipócritas, porque edificáis los sepulcros de los profetas y adornáis los monumentos de los justos, y decís: ‘Si nosotros hubiéramos vivido en el tiempo de nuestros padres, no habríamos tenido parte con ellos en la sangre de los profetas’. Con los cual atestiguáis contra vosotros mismos que sois hijos de los que mataron a los profetas” (Mt 23,29-31). La verdadera conversión, la conversión que brota de un arrepentimiento sincero, no se demuestra solo pidiendo perdón por las atrocidades que otros han cometido, sino más bien reconociendo las propias culpas, así como en la atención a no cometerlas. El honor (tardío) que escribas y fariseos rinden a los mártires del pasado no nace del corazón, sino de la conveniencia; el mensaje de los profetas asesinados no ha producido en ellos ningún cambio de ruta. Han permanecido sordos y hostiles respecto a la palabra de Dios. Por esto, siguen matando, crucificando y flagelando aquellos “profetas, sabios y escribas”, que el Señor, por amor de su pueblo, no deja de enviar. Para ellos, no existe ni una brizna de esperanza, y, de forma paradójica, Jesús les invita a continuar adelante en el único camino que saben recorrer bien, el del asesinato: “Colmad vosotros también la medida de vuestros padres!” (Mt 23,32). Estas palabras no son un reproche ni una constatación, son una orden tajante. Con ironía, Cristo invita a los jefes del pueblo a continuar en la injusticia, a imitación de sus padres, y los considera responsables de “toda la sangre inocente derramada sobre la tierra, desde la sangre del justo Abel hasta la sangre de Zacarías, hijo de Baraquías, a quien matasteis entre el santuario y el altar” (Mt 23,35). En su ejemplo, Jesús está citando el primer y el último homicidio que aparecen en la Biblia hebrea: el de Abel de parte de Cain (Gen 4,8) y el de Zacarías, el hombre investido del Espíritu de Dios, lapidado por las autoridades del pueblo en el recinto del Templo (2 Cr 24,20-21). La denuncia de Jesús es sobrecogedora por cuanto terrorífica: la Escritura, desde la primera hasta la última página, testimonia que el poder religioso, representado ahora por los escribas y fariseos, ha siempre asesinado a justos y profetas. Dios y religión no se toleran mutuamente, el uno exige la destrucción del otro. La casa del Señor, ocupada y transformada por los sacerdotes en una “cueva de ladrones” (Mt 21,13), será abandonada definitivamente por Cristo, el “Dios con nosotros” (Mt 1,23): “Se os va a dejar desierta vuestra casa” (Mt 23,28); los jefes religiosos, en línea con el designio criminal de sus padres, serán quienes ordenen la muerte de Jesús (Mt 26,3-4). La catástrofe se cierne ya sobre Jerusalén.